



Asociación para el Estudio de Temas Grupales,
Psicosociales e Institucionales

ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Extra Nº5 – Verano 2023

Material presentado en la III Asamblea Internacional de Investigación en torno a la
Concepción Operativa de Grupo, Salvador de Bahía, 8-10 de septiembre de 2022

Incertidumbre y proyecto: una contradicción que nos interpela¹

Ana Quiroga

Compartiré con Uds. algunas reflexiones acerca de un hecho que, tanto en el plano social como subjetivo, caracteriza nuestra cotidianidad actual (es solo un esbozo).

Ese hecho consiste en la tensión que se establece entre las vivencias de incertidumbre y la necesidad y posibilidad de elaborar un proyecto vital.

La contradicción incertidumbre y proyecto nos es inherente por nuestra condición de sujetos de crisis y cambios, de movimiento. Sujetos capaces tanto de imaginar y gestar lo nuevo, anticipar un futuro, visualizándonos en él, así como también capaces de enfrentar lo inesperado, lo imprevisto.

En el proceso de aprendizaje, que nos implica desde el inicio de nuestra vida, la contradicción entre lo previo y lo nuevo es el escenario en el que se construye nuestra fortaleza yoica, la que consiste en una creciente autonomía, tolerancia a la frustración, capacidad reparatoria y creatividad.

¹ Trabajo presentado en la Mesa de Apertura.

Esta fortaleza e integración subjetiva deja atrás la fragmentación, la dependencia originaria y la vulnerabilidad inicial; esta fortaleza se gesta y sostiene en apoyaturas vinculares y sociales, internas y externas, las que son fundamentales para nuestra organización psíquica -hoy algunas de esas apoyaturas parecen haberse debilitado y a veces hasta derrumbado-.

Podemos preguntarnos: si la vida social y personal está siempre recorrida por esa tensión ¿por qué recortarla hoy como problemática a indagar, porque nos interpela, como nos interpela la violencia social y política, la creciente desigualdad y el radical rechazo de lo diferente?

Encaramos esta reflexión desde una concepción de sujeto como ser esencialmente social, sujeto de la praxis en permanente interjuego dialéctico con un universo natural, material, vincular social y simbólico.

De allí Enrique Pichon-Rivière: "solo existe el hombre en situación."

El posicionamiento acerca de lo subjetivo, fundante de la elaboración teórica que Enrique Pichon-Rivière denominó Psicología Social remite a una concepción de Salud Mental como adaptación activa a la realidad.

En ella, ese sujeto sostenido en sus referentes, transita lo ambiguo e inestable del cambio gestando lo nuevo.

De allí la significación del proyecto como organizador psíquico, vincular y social y la función de sostén que cumplen esos referentes.

¿Por qué hoy oscilamos entre la esperanza y el escepticismo, cuáles son las causas de este monto de ansiedad que debilita nuestra condición de gestores de proyecto?

Una mirada hacia nuestro contexto hacia nuestra historia inmediata puede darnos algunas respuestas.

La insignificancia, la inexistencia en la que instala al sujeto este orden social implica una desconfirmación pandémica.

La actual ausencia o debilidad de apoyaturas genera una vivencia de fragilidad que a veces conduce a la búsqueda de ser confirmado por lo idéntico, por aquello que me replica.

El otro, lo otro, en tanto diverso, se vuelve antagónico.

La pandemia que desbastó tantas vidas y la guerra que hoy se da en Europa hacen que la contradicción incertidumbre/proyecto se agudice hasta un punto no imaginado. No es solo un emergente social que implica lo personal; se ha convertido en emergencia, por la intensidad y extensión del padecimiento que genera.

Entendemos que la precarización de la vida social que hoy nos atraviesa produce un daño psicológico que se expresa en múltiples sentimientos de vulnerabilidad y desamparo, ante un horizonte de amenaza.

La vivencia de estar a merced de los acontecimientos es también una dimensión de la pandemia. El quiebre de lo cotidiano que implicó la irrupción del Covid 19, impuso súbitamente una alteración de nuestras formas de relacionarnos, de trabajar, de significar nuestro cuerpo y el del otro, de expresar nuestros afectos.

Se desarrollaron nuevas formas de lo cotidiano, las que impactaron crecientemente en nuestros registros de espacio y tiempo. El cómo recorrer uno y transcurrir el otro.

La organización de nuestra experiencia, nuestra memoria y nuestro ritmo vital sufrió alteraciones, extrañamientos que muchas veces llevaban a la confusión y la angustia.

La vivencia de un cuerpo en riesgo, aislado, obligatoriamente distante, sin contacto, sin abrazo y, muchas veces, sin intercambio de miradas comenzó a tener efectos en nuestros movimientos y autopercepción, al perturbarse ese fundamento de la identidad que es el ser con otros.

Describo estos hechos para mostrar características de lo vivido y el peso que tuvo y tiene esta crisis generada en parte por la ausencia de sostén y la desestructuración de nuestros modelos previos.

Estos hechos causaron mucho padecimiento en el plano de lo personal, lo íntimo.

Aún no hemos medido y analizado la vastedad de las huellas de ese trauma; aunque la expansión simultánea y global de un virus es un acontecimiento inédito, disruptivo y tiene la especificidad sobrecogedora de lo siniestro, lo ocurrido no es solo un hecho sanitario con efectos económicos. Esta pandemia emerge, se inscribe y desarrolla en el interior de una crisis integral del sistema capitalista, y es parte de ella.

Como lo señala Nancy Frazer (“Los talleres ocultos del capital”), esta crisis es integral y profunda porque abarca no sólo lo económico financiero. Todo lo penetra y desestructura, comprometiendo la vida en el planeta e impactando en nuestra subjetividad.

Hagamos memoria... Un hecho histórico: la Globalización; instaló un nuevo orden mundial reorganizando las formas de producción, en función de incrementar la tasa de ganancia, lo que implicó la expulsión o exclusión de millones de seres humanos, intensificando procesos de fragmentación personal y social.

Comprobamos hoy que la concentración de la riqueza hizo crecer exponencialmente la desigualdad, la pobreza y la carencia de derechos, haciendo más visible aún el antagonismo de este orden social con las necesidades humanas.

La pandemia y la guerra, son algunas expresiones de su fracaso, como sistema, aunque no de su derrota.

Enlazamos precarización, crisis y fragilidad subjetiva porque en ese proceso histórico, desaparecieron o se devaluaron necesitadas formas de sostén, tal como lo son los vínculos, las relaciones interpersonales, la pertenencia colectiva, el conocimiento, la centralidad del trabajo

como organizador psíquico y social, así como los procesos identificatorios que permiten reconocer en el otro un otro y a la vez un semejante.

En ese proceso alcanzó hegemonía un individualismo radicalizado, que desdeña el valor de lo compartido. Individualismo y autocentramiento que resultan imprescindibles, como anclaje ideológico y emocional de este nuevo orden.

Las secuencias de hechos que se dan desde entonces hasta ahora constituyen auténticas "cancelaciones" del sujeto.

Como ya dijimos, y lo reitero porque me parece una cuestión nodal, la insignificancia, la inexistencia, en la que nos instala este orden social de descarte, implica una desconfirmación pandémica.

Se genera así una vivencia de fragilidad que en muchos conduce a la necesidad de ser confirmado por lo idéntico, lo especular, aquello que me replica.

El otro, lo otro, en tanto diverso, se vuelve antagónico.

La llamada construcción del enemigo, el pensamiento rígido, autoritario, dilemático, se convierten en refugio contra la creciente ansiedad a la que enmascara.

El rechazo, el odio a ese enemigo, ese otro a destruir, se convierte paradójicamente en sostén interno y también en fuente de pertenencia.

Los procesos de disociación, proyección masiva desmentida de la percepción e identificación con el agresor operan, en esta modalidad patológica de enfrentar la incertidumbre, a través de la violencia.

El desarrollo de posicionamientos de ultraderecha, muchas veces fascistas, puede esconder entre sus múltiples causas el miedo y la vulnerabilidad tal como lo vimos en los movimientos negacionistas durante la pandemia.

No querría que se entienda esta reflexión como un reduccionismo psicologista de un problema tan complejo.

Este retroceso histórico, como reacción ante una crisis, no es hegemónica, pese a su creciente potencia coexiste y colisiona con el desarrollo de diversos movimientos que buscan justicia y afirman derechos.

Quienes participan en esos movimientos por la igualdad racial, feminismo, ola verde, migrantes, lgtb, ecológico se articulan buscando la inclusión, en tanto otros se fusionan en el odio y la exclusión.

Estos movimientos, unos como otros crecen en su condición de sujetos sociales de poder que se enfrentan en la vida social y política.

Los movimientos de liberación e inclusión no logran la potencia que les daría encontrarse con mayor solidez y apertura en la propuesta de un nuevo mundo.

Rene Thom, en su teoría de las catástrofes, señala un camino que la naturaleza muestra: la superación del desastre a partir de la cooperación y la creatividad en la reparación de lo perdido, a través de la gestación de lo nuevo.

Ejemplo de la abeja-destrucción y la nueva organización sobre a base de la creatividad en cooperación.

Superar la incertidumbre requiere la elaboración colectiva de un proyecto; sostenerlo y sostenernos en él.